

Cap. I.—DE LAS CRISIS

§ I.—LAS CRISIS ECONÓMICAS EN SUD AMÉRICA

Si la crisis ha pasado, ¿para qué sirve este escrito? Viendo a deshora, en efecto, prueba de que no ha sido hecho para conjurarla.

No se suprimen con libros las crisis ni las epidemias, una vez establecidas.

Pero pueden prevenirse y evitarse en sus peores efectos, cuando se estudian sus grandes explosiones con el objeto de conocer sus causas y su naturaleza: estudio que su periodicidad hace necesario de más en más.

Las crisis son un objeto nuevo y oscuro de estudio, según Stuart Mill. Son un mal moderno, como el crédito moderno, como el comercio moderno, por cuanto son males correlativos de sus beneficios.

Datan de este siglo XIX en ambos mundos.

Nacen con los Bancos de circulación, máquina moderna como el vapor, aplicado a la circulación también, que ha facilitado el crédito como suplente del dinero para intermedio de los cambios.

Son un signo de progreso: la enfermedad de los países ricos.

Como enfermedad, su estudio en la economía o ciencia de la riqueza equivale a la patología en la medicina o ciencia de la enfermedad.

La economía es, a la vez, la ciencia de la riqueza y la ciencia de la pobreza, es decir, de la naturaleza y causas de la riqueza y de la pobreza: estudia la una para conseguir y conservarla y la otra para evitarla.

Como enfermedad son inevitables, pero pueden ser atenuadas en sus efectos desastrosos.

Su estudio es el de la higiene del crédito, elemento capital de la vida moderna.

Son un mal periódico, que lo será de más en más.

Inextinguible como la ambición y el amor a la riqueza, al lujo, a la grandeza.

Son el mal de América por excelencia, según Tocqueville.

De Sud América en especial, por sus condiciones económicas.

Aunque gemelas y las mismas sus causas en todas partes, en cada aparición y en cada país presentan algo de irregular y peculiar.

En el Plata, v. gr., tienen causas que no existen ni pueden ocurrir en Chile, en el Brasil y viceversa.

Como males económicos, sus efectos alcanzan a todas las clases de la economía social; no sólo al comercio sino a la sociedad entera, a su haber y fortuna, al bienestar de sus familias, a las aduanas, al tesoro, a la población, a la salubridad, a la moral de las costumbres.

En el Plata, como en ninguna parte, se ligan la crisis, por sus causas y efectos, a los fundamentos mismos del orden social y político, y su intensidad es tal, que muy probablemente vivirán cien años todavía, sin cortar el progreso del país, pero sin dejar seguir su vuelo tranquilo y normal.

Como introducción de este estudio avanzaremos algunas nociones sobre la teoría de la crisis según la ciencia, para seguir con más firmeza el camino de nuestras investigaciones.

§ II. — DE LAS CRISIS ECONÓMICAS, SU NATURALEZA Y CAUSAS

¿Qué es una crisis económica?

Una enfermedad del bolsillo en que caen a la vez todos los hombres de la sociedad de un país.

¿De qué naturaleza es esa enfermedad?

Es un empobrecimiento general y repentino, producido por el furor de enriquecer repentinamente, del cual nace un furor general de especular en todo género de negocios y de empresas que prometen grandes y prontas ganancias.

Pero ¿qué causa, qué circunstancia permite a la especulación disponer de los capitales que pierde por sus malos cálculos?

La facilidad de disponer de capitales ajenos obtenidos a crédito o a préstamo. Nadie gasta fácilmente lo que ha ganado con su trabajo; pero nadie es económico con el dinero de otro.

¿Cómo se explica cuál es la causa de la facilidad de obtener prestado el dinero de los otros?

Es que los mismos que prestan, prestan lo ajeno.

Es lo que hacen los Bancos. Prestan sus billetes con fa-

cilidad porque representan el dinero que ellos mismos han recibido en préstamo de sus tenedores.

Los Bancos de emisión y circulación, que son hoy los Bancos por excelencia, nunca prestan dinero efectivo, sino billetes que prometen dinero.

Prestan promesas; por esa promesa de dinero ha cambiado su dinero real y efectivo el primero que fué tenedor de esa *promesa-dinero o billete-promesa*.

Esos billetes forman lo que se llama papel de Banco o papel-moneda.

Es una moneda que no es moneda sino porque promete moneda, porque representa moneda cuando se convierte en moneda real y verdadera, que es la de oro y plata.

Prestar papel de Banco es prestar lo ajeno.

Los Bancos nunca prestan lo propio. Ellos prestan al público, y a cada tomador de sus billetes le prestan su dinero propio de él (del tomador).

En realidad, el que presta su dinero es el que recibe el billete, y el que toma en realidad prestado ese dinero es el Banco que emite el billete o la promesa de un dinero equivalente.

El Banco presta con facilidad por dos razones naturales: porque gana un interés por lo que presta y porque presta lo ajeno.

El Banco presta lo que recibe prestado él mismo y lo que recibe y guarda en depósito.

Si prestara dinero en vez de billetes, prestaría menos; si prestase su propio dinero en lugar del dinero de sus depositantes, prestaría menos aún.

Pero, entonces, los que necesitan tomar prestado el capital que les falta para trabajar, ganar y enriquecer, no podrían salir de pobres, y el haber del país entero contaría de menos el producto del trabajo imposible de ese obrero desarmado.

Esta necesidad explica y justifica la existencia de los Bancos de circulación y la emisión de un papel de crédito, por el que prestan lo mismo que ellos han recibido prestado, es decir, lo ajeno.

El *crédito* de que los Bancos hacen su *tráfico*, es la *creencia* o la *confianza* en virtud de la cual presta su capital el que lo tiene al que no lo tiene.

El *crédito* se ejerce por el préstamo. Tener crédito es tener la facultad de obtener prestado. Esa facultad descansa en la creencia que inspira el que recibe prestado de que devolverá su dinero al prestamista, y en la creencia que éste abriga de que así lo hará el deudor, sea por conservar la

capacidad de obtener nuevos préstamos o sea porque tiene bienes con que se promete, en todo caso, pagar lo ajeno.

Así la buena fe y la buena conducta, es decir, las buenas costumbres, son la base moral en que reposa la potencia o fuerza moral llamada crédito.

Hijo legítimo de la civilización y del progreso, el crédito ha venido en pos de sus padres a tomar la representación y funciones del capital en la creación de las riquezas.

Robustecido por ese auxiliar el capital ha multiplicado su poder creador o productor, y al favor de ambos agentes la riqueza moderna se ha producido en dimensiones desconocidas a las edades que no conocían o no practicaban el crédito.

El uso de una cosa tan excelente y fecunda como el crédito no podía estar libre de degenerar en el abuso a que están expuestos otros bienes tan grandes y fecundos como el crédito, a saber: la libertad y el poder.

En los tres casos el abuso consiste en el mal uso nacido de ignorancia o inexperiencia, o de ambición viciosa y excesiva: debilidades que viven en el hombre, inseparables de otras fuerzas más poderosas que corrigen y refrenan sus estragos.

Sin la presencia de esas flaquezas en la composición moral del hombre, sus esfuerzos, hechos para producir la riqueza, no servirían tan a menudo para producir la pobreza.

Las crisis económicas en que esa pobreza consiste, son siempre nacidas del abuso de un noble esfuerzo: el de enriquecer y prosperar súbitamente.

Ellas forman una pobreza peculiar de los ricos, como existen enfermedades peculiares de los hombres robustos.

Eran desconocidas antes de la época de los Bancos y del crédito, como las explosiones y sus estragos lo eran antes del vapor aplicado a la locomoción.

§ III.—LAS CRISIS SON ENFERMEDADES TAN OSCURAS EN SU ORIGEN, NATURALEZA Y MEDIOS DE CURARSE COMO LAS ENFERMEDADES DEL CUERPO HUMANO.

La opinión que mira en el cuerpo social un ente orgánico sujeto a enfermedades como el cuerpo humano, tiene grande razón en este sentido: que las enfermedades o desórdenes de la economía del organismo social son tan oscuras y misteriosas como las de la economía del cuerpo humano, consideradas en sus causas, desarrollos y remedios.

Las crisis económicas, por ejemplo, se encuentran en el caso del cólera morbus, respecto del conocimiento que la cien-

cia posee sobre su naturaleza, orígenes y medios de curación. Es verdad que todas las crisis se asemejan en ciertos aspectos, pero no es menos cierto que cada una es especial y única en ciertos otros.

Cada crisis reconoce cincuenta causas, cada causa se explica de cincuenta modos, ni más ni menos que sucede a los médicos con cada enfermedad; y la ciencia económica, en cuanto a medicamentos para las enfermedades del cuerpo social, no está más avanzada que la medicina ordinaria para las del cuerpo humano.

Sin embargo, es un hecho que las enfermedades más desconocidas en su naturaleza tienen síntomas seguros que las anuncian; tienen su higiene que sabe prevenirlas y ceden a cierta dieta relativa, cuando estallan, para encontrar su curación.

Esto sucede en las enfermedades económicas como en las enfermedades del cuerpo humano.

Las crisis, en este sentido, han sido objeto de estudios sabios, al favor de los cuales pueden ser previstas, seguidas y dirigidas en su desarrollo, atenuadas en sus defectos y remediadas en sus consecuencias por una buena política económica y una gestión prudente en la dirección de los intereses del crédito como instrumento de los cambios a la par del dinero en toda forma.

Las operaciones de los Bancos, registradas en cuadros sinópticos, pueden servir para dar a conocer la marcha y condición de los negocios, como el termómetro para las variaciones de la temperatura.

Eso es lo que Mr. Juglar, economista francés, ha demostrado en su libro "De las Crisis Comerciales".

"1.º El total anual de los descuentos, dice, después de haberse elevado durante un cierto número de años, en medio de una prosperidad general, a una cifra cinco o seis veces superior a la del punto de partida del período, disminuye bruscamente para volver a tomar un nuevo y no menos animado vuelo (*essor*) después de la liquidación forzada que se opera entonces.

"2.º La reserva metálica, después de haber disminuído gradualmente durante el mismo período, desciende, en el último año, al tercio o cuarto de la cifra del punto de partida; *es en ese momento que estalla la crisis.*

"3.º En el curso de la liquidación que sigue a la crisis, de un lado la suma de los descuentos se reduce a una cifra algunas veces insignificante (Francia, 1849); del otro, la reserva metálica, que, de resultas de un retardo de los cambios, se eleva con una rapidez tal que, en dos o tres años, ella

alcanza y aun excede a la circulación de los billetes (Francia, 1851).

"4.º Pero una vez alcanzado este término, se produce un movimiento en sentido contrario. Las transacciones prosiguen, los descuentos se aumentan, la reserva se comienza a disminuir y esta doble fuerza continúa obrando en sentido inverso hasta que una nueva crisis la detiene.

"Puedese, pues, con la sola inspección de los descuentos y de la reserva, durante cinco o seis años, darse cuenta del grado de proximidad o de alejamiento de una crisis.

"En cada período encontramos accidentes: aumento rápido de la cartera, disminución de la reserva, agotamiento de las cajas del Banco".

§ IV. — LAS CRISIS Y SU NATURALEZA

Las crisis son un mal moderno, nacidas y coetáneas del crédito.

Como empobrecimientos súbitos de países ricos no son empobrecimientos reales, sino ideales y ficticios, diré así. La riqueza que en ellas desaparece es esa riqueza ideal e imaginaria que consiste y reposa en el crédito, es decir, en la creencia, en la fe, en la idea, en la ilusión.

Nacen del pánico y del escepticismo más que de la destrucción del capital efectivo. Se curan naturalmente por el renacimiento de la confianza, es decir, de la creencia, del crédito. Desde que el pueblo cree, ya tiene fondos y recursos.

Las crisis no se explican por la estadística y los números sino en sus efectos, que son reales aunque sus causas no lo sean.

Son, como las enfermedades, desórdenes de la vida que no tienen cuerpo ni existencia apreciable y propia. Como las enfermedades imaginarias, que, no por ser ideales, dejan de ser capaces de dar muerte. Vienen muchas veces por sí mismas y se van por sus propias leyes naturales o excepcionales.

Una crisis es el estado anormal de un mercado que como un solo mercader cae todo entero en apuros de dinero, suspende sus pagos, quiebra, se liquida, se arruina, por mala conducta, malos cálculos, malas empresas o malos tiempos, naturales o políticos.

Tales accidentes ocurren al mercado o mercader cada vez que se aparta del orden regular y acostumbrado de sus negocios, con la mira o esperanza de ganar mucho en poco tiempo.

Y como no hay progreso sin cambios ni hombres civilizados sin aspiración a mejorar de fortuna, las crisis comercia-

les son inevitables y constituyen un fenómeno inseparable de la carrera comercial e industrial de un país.

No hay quiebras donde no hay negocios, ni crisis donde no hay desarrollo de riqueza, ni dolencias cuando no hay vida, pues el único medio de escapar de ellas totalmente es dejar de existir.

Felices los pueblos que son capaces de tener crisis económicas, si las crisis, como las define Stuart Mill, son plétoras de riqueza.

Ellas son la enfermedad de los fuertes, de los robustos, de los ricos.

Los salvajes no la conocen. No las conoció la América del Sud cuando era colonia de España. Las ha conocido bajo la libertad, como males peculiares de la civilización. Las crisis viven como en su domicilio natural en Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Holanda, Francia, Alemania, etc.

El hecho es que, según el mismo Stuart Mill, son un mal tan raro como desconocido y apenas estudiado.

Nacido con el comercio y la industria, se ha desenvuelto con las relaciones internacionales de los pueblos, con el moderno derecho de gentes, los tratados, el vapor, el telégrafo, todo lo que ha contribuído a estrechar la solidaridad de las naciones.

De ahí es que la explosión está siempre cerca de las alteraciones de la balanza del comercio exterior, que determinan las peregrinaciones del oro.

Las crisis son, por lo demás, en gran parte, un mal moral, un mal del ánimo, enfermedad de opinión. Consisten en la disminución o *contracción del crédito*, es decir, de la *fe*, de la *confianza*, de la *creencia*. El *crédito* mismo es un fenómeno moral que reside en el ánimo del hombre y por cuyas apreciaciones está gobernada su voluntad y su conducta para con los demás hombres en sus cambios y tratos de interés. Las enfermedades del crédito no pueden ser sino morales, como el crédito mismo, que es un movimiento del ánimo.

Basta decir que a veces tiene por única causa un simple pánico, es decir, el *miedo*, la desconfianza, un error de opinión; es decir, que a veces se producen sin causa real y se van sin causa real.

Un primer paso, errado o no, es la causa de un segundo y éste de un tercero, hasta que se vuelve causa de una actitud general de espíritu, en que está toda la crisis.

Ligada a la política, la economía sigue y participa de sus evoluciones y alternativas de confianza y de quietud.

Esto es exacto sobre todo en el Plata, donde todas las

cuestiones económicas son en el fondo meras cuestiones de política y de gobierno.

Como males del ánimo, las crisis son inestables y se curan por sí mismas a menudo, como el pánico y la desconfianza. El menor signo de bienestar material determina esos cambios en sentido favorable, y una vez comenzados van hasta el opuesto extremo de una confianza ciega y de una restauración entusiasta del espíritu de industria.

Y en un país donde el medio circulante, el instrumento de los cambios, la mercadería contra la cual se cambian todas las demás, la moneda, consiste en deuda pública, es moneda política, es decir, papel del gobierno, la política y la situación económica tienen que ser inseparables y solidarias en sus movimientos y alternativas.

Y donde el gobierno está por constituirse, y el semigobierno, que garante la especie de orden y la especie de seguridad relativa, que conoce el país así constituido, es objeto y punto de mira industrial de los bandos en que el país está dividido, las crisis sólo deben asombrarnos por su ausencia.

Así las crisis son esos empobrecimientos excepcionales y transitorios a que sólo están expuestos los países ricos. Las crisis no tiene razón de ser y son desconocidas del todo en los países pobres. Los salvajes no las conocen, las naciones semibárbaras tampoco. De entre las colonias, no son capaces de crisis sino las que por sus adelantos igualan a las naciones ricas; v. g., Australia, el Canadá, la India, etc.

Se concibe una crisis en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Bélgica, en Francia; pero no en Persia, en Méjico, en Bolivia.

Son lo que esas enfermedades peculiares de los cuerpos robustos, hijos de la robustez misma. Así Stuart Mill las define una *plétora*, una indigestión producida por un hartazgo. En efecto; la extrema prosperidad comercial e industrial las precede siempre.

En cuanto empobrecimientos, aunque transitorios, son del dominio de la economía, que, según Smith, estudia las causas no sólo de la riqueza sino de la palabra, que es su reverso.

Su estudio es como la *patología* de la ciencia económica. Pertenecen a la *fisiología* los siguientes términos, que se aplican a los fenómenos económicos del orden anormal que tratamos: *crisis*, *contracción* (de crédito), *plétora*, *paralización* o *parálisis*, *efusión* o *derrame* (écoulement), *enfermedad*, *remedio*, *síntoma*, *fiebre* (de especulación), *pánico* o *terror*.

Las crisis, como las epidemias, pueden arruinar individuos y familias, pero no naciones.

Más de una vez, en la historia de las naciones, han sido precursoras de los cambios más saludables. Son grandes liquidaciones de malos negocios, seguidos a menudo de nuevas cuentas llevadas con mejor orden que las pasadas.

§ V.—DE CÓMO LA CRISIS ES LA POBREZA DE LOS RICOS

Cuando el oro, alejado por un desequilibrio del tráfico exterior, deja el país en el momento en que es más necesario que nunca para pagar inmensos créditos contraídos por empresas y especulaciones de todo género, al favor de una grande prosperidad en el país, la consecuencia natural de la ausencia del oro y del crédito — que, si no se ausenta, se contrae cuando el oro se aleja — es la falencia de todos los deudores, la ruína y paralización de los trabajos emprendidos de todas las especulaciones pendientes.

Tal ruína no se habría producido, por la ausencia del oro, si una situación feliz y floreciente no hubiese estimulado a la especulación a contraer grandes créditos, o más bien grandes deudas, para realizar grandes empresas y grandes ganancias.

Es en este sentido que se ha dicho, con razón, que las crisis económicas son un síntoma de progreso y condición inevitable de la prosperidad industrial.

¿Qué circunstancias hacen que se emprendan tantos negocios?—La abundancia del medio de obtener los elementos requeridos para emprenderlos. — ¿Cuáles son esos elementos?—Las cosas que son objeto de las empresas.—¿Cuál es el medio de obtenerlo?—El dinero o su representante, que es el crédito.

La abundancia del dinero, inseparable de la abundancia del crédito, preceden y acompañan siempre al desarrollo de la crisis, cuya explosión es siempre ocasionada por la ausencia súbita del dinero.

El crédito es dinero en calidad de signo del dinero, cuando es convertible en dinero instantáneamente. Sólo ante esta prueba es creído.

Cuando el oro está ausente, el crédito, es decir, la palabra o promesa escrita, es decir, el papel, no puede dar esa prueba, y su valor como dinero disminuye aunque presente, en realidad, mil otros valores reales que no son dinero.

El papel de crédito, en ese caso, no puede suplir al oro, porque ninguna mercancía representada por ese papel es comparable al oro.

El oro es también una mercancía, sin lo cual el oro no valdría más que el papel. Pero el oro es una mercancía representada por ese papel, es comparable al oro.

El oro es también una mercancía, sin lo cual el oro no valdría más que el papel. Pero el oro es una mercancía privilegiada y soberana, que regla el valor de todas las demás y las gobierna. Sólo ella tiene este privilegio de ser la regla y medida del valor de todas las otras. Luego sólo el dinero es moneda verdadera y real.

¿Quién le ha dado ese valor y poder?—Un acuerdo tácito del mundo entero. Ese acuerdo es una ley de las naciones y ley civil o interior de cada nación.

¿Merece el dinero ese valor?—Cuestión inútil, desde que es un hecho de siglos y de todas partes.

El hecho de poseer ese privilegio tiene su razón de ser, y es la rareza relativa de los metales preciosos. El oro no vale más que el hierro porque es más útil, sino porque es más raro.

Si pudiera producirse oro como se produce cualquier otra mercancía, sería igual a las otras en autoridad y valor. No sería la soberana.

Como el oro es raro y escaso, no puede estar en todas partes. Pero como en todas partes es indispensable, como intermediario o instrumento soberano de los cambios, en todas partes tiene un suplente y representante que se llama el *crédito*, es decir, una promesa escrita de convertirse, de pagar en oro.

La promesa no es creída, es decir, *el crédito no tiene crédito* cuando no se convierte en oro instantáneamente. Según esto, *el papel crédito* no es moneda, sino signo o símbolo de la moneda.

Para que el crédito sea creído es preciso que el oro que esté representado por él esté a su lado a cada instante, lo cual no puede ser, porque el oro, como mercancía universal y soberana, está siempre en movimiento, siempre en viaje, casi siempre ausente, llamado a pagar los saldos que se producen diariamente en la balanza del comercio universal.

El oro es como el sol: vivifica al mundo entero, pero no lo alumbraba todo entero a la vez.

Donde el oro no está, hay oscuridad, sueño, interregno, paralización de los cambios, interrupción del trabajo y de la producción, faltas de pagos, quiebras, ruinas, pobreza, crisis.

El crédito, durante su ausencia, es, como el gas durante la ausencia del sol, un suplente relativo, que facilita el ejercicio de la vida comercial hasta cierto grado, esperando que la gravitación lo traiga a su tiempo con la infalibilidad con que vuelve la luz del sol.

Como representante de la moneda de oro, el crédito-moneda multiplica el poder del oro porque lo hace estar presente en todas partes, cuando menos simbólicamente.

El papel de crédito en que está escrito el crédito-moneda se llama, con este motivo, papel-moneda.

Expresión escrita de una promesa de pagar en moneda, esa promesa misma es considerada como moneda y usada como intermediaria de los cambios en lugar de la moneda.

Basta que la promesa de pagar en oro valga tanto como el oro en los cambios para que esa promesa se multiplique más de lo necesario, al favor de la facilidad de emitirla, escrita en billetes de papel de Banco o circulante.

Un hombre puede tener diez representantes o apoderados en diez lugares; sus diez representantes no lo hacen ser diez hombres.

Un peso de oro puede estar representado por diez billetes de un peso papel; los diez pesos papel no impedirán que sólo sea un peso de oro su representado único y común.

El *crédito* es dinero; pero dinero ajeno, el dinero de otro. Este otro es el *acreedor*; el que ha recibido prestado su dinero es el *deudor*.

El crédito es la aptitud a tomar prestado, es decir, a ser deudor. Un crédito grande es la aptitud a ser deudor de una gran suma. Tiene más crédito el que es más capaz de ser deudor.

Lo que es *crédito* visto de un lado, es *deuda* visto del lado opuesto.

Este lado opuesto es el lado del Gobierno, en lo que se llama *crédito público*; el otro lado, el del acreedor o prestamista, es el lado del público, y por eso se llama *crédito público*; la misma relación de interés que en el Gobierno se llama *deuda pública*, y lo es en realidad.

Pero el uso ha cambiado los papeles, llamando *crédito público* a lo que es *deuda pública*; es decir, dando el nombre de *crédito* del Gobierno a lo que es *deuda* del Gobierno.

Tener dinero ajeno no es tener riqueza. Nadie es rico con lo ajeno, y el que no tiene lo ajeno es un pobre que representa a un rico, es decir, al dueño del dinero de que es simple tenedor.

Esta es la posición del Gobierno en cosas de crédito.

Se dice que tiene mucho crédito, cuando puede tener una gran deuda; que tiene tanto más dinero cuanto más debe, es decir, cuanto más dinero ajeno tiene a préstamo.

En ese sentido, sólo irónicamente se puede dar a la *deuda* el nombre de *riqueza* y *dinero*, pues en realidad la *deuda* es *pobreza*, y el que no tiene más que deudas es un hombre en *pobreza absoluta*.

Es raro que sea deudor el que no es capaz de ser acreedor a la vez; el Gobierno, v. gr., es las dos cosas: acreedor del público, que le debe la contribución, y deudor del público, que le

compra sus promesas de pagar, que se llaman títulos o papel de crédito.

Como es el Gobierno el que emite estos títulos de deuda, no el público que le presta su dinero; como el Gobierno puede hacerse *deudor* en virtud de su autoridad de gobierno mientras el público carece de autoridad para prestarle por fuerza, el Gobierno está siempre en aptitud de deber más que lo que tiene; y, naturalmente, siempre usa de esa aptitud.

Lo que él emite es su deuda, no la deuda del público, y, sin embargo, la llama deuda pública.

Este cambio de nombres es una fuente de abusos.

Por él se toma el pasivo por el activo, lo que se debe por lo que se tiene, es decir, el *Debe* por el *Haber*, la pobreza por riqueza.

Lo que el Gobierno emite es su *deuda*, no su *crédito*, como lo declara el papel de su *deuda-moneda*, llamada impropia-mente *papel-moneda*.

No consiste en el papel-moneda, sino en la *deuda*. El papel nada vale en sí, como mercancía, fuera de la *deuda* de un valor pecuniario, es decir, metálico, expresado en él.

§ VI.—LAS CRISIS Y SU NATURALEZA INTERNACIONAL COMO LA RIQUEZA

Las crisis o enfermedades de la riqueza, como la riqueza misma, son hechos que pertenecen a la vida internacional o exterior de las naciones.

Adam Smith, que fué el primero que comprendió la riqueza en su naturaleza y origen, la llamó, en su libro célebre, "riqueza de las naciones" y no riqueza de la nación británica.

Nacida de los cambios, como los cambios de la división del trabajo, condición inherente a la manera de ser limitada y perfectible del hombre, la riqueza interior o de una nación aislada no puede existir sino de un modo imperfecto y primitivo, a menos que la nación no abraza al mundo entero, como el Imperio Romano. Entonces los cambios *domésticos* o de un país con otro de los que lo componen hacen el papel de los cambios internacionales, cuando cada provincia o país interno viene a ser una nación aparte. Este es el caso del mundo actual formado de los fragmentos en que se disolvió el mundo romano.

Cuando no había más que una nación no podía haber vida internacional, y la riqueza resultaba de los cambios interprovinciales, por medio de los cuales cada país goza de los productos que otro trabaja al favor de su aptitud peculiar, y hace gozar los suyos a los que no los tienen ni producen por su manera de ser física o moral.

Este hecho no es de hoy. Es tan antiguo como la civiliza-

ción del hombre, la cual ha debido sus progresos a los cambios y concierto de aptitudes entre los hombres, los lugares y las naciones o parte diversas del mundo, de los productos que el trabajo dividido ha podido crear con tanta variedad como perfección.

Esos cambios se hacían en otra edad del mundo, cuando los medios de comunicación y cambios faltaban o eran atrasados. Hoy que el vapor, la electricidad, la posta, la prensa, el crédito, la religión cristiana y la ciencia han suprimido las distancias, dejando intactas las nacionalidades, la riqueza es más que nunca un fenómeno esencialmente internacional; y lo son, naturalmente, las crisis y las dolencias ocasionales de la riqueza.

El país que por sus condiciones naturales o históricas es el más obligado o necesitado de recibir de fuera y expender a lo exterior los elementos de su vida, es y tiene que ser el más rico; verbigracia, la Inglaterra, los Estados Unidos;—en otro tiempo la Holanda.

Tal es también la situación que forma a la América antes española su pasado colonial, que la formó en el olvido de la industria, a punto de ser incapaz de vivir vida civilizada si la Europa no le da sus manufacturas, en cambio de las materias de su suelo.

El legislador y el estadista inteligente deben darse cuenta de ese hecho económico y partir de él para la adopción del derecho de gentes y del derecho interno que deben servir para enriquecer a los países de la actual América del Sud.

De aquí la necesidad de un derecho internacional formado para enriquecer más y más a las naciones por los cambios fáciles, libres, frecuentes de sus productos respectivos.

La América del Sud debe aceptar esa condición, que recibió de su pasado histórico, y tratar de sacar de ella todo el gran partido de que es capaz para sus progresos.

A todo país, en todo tiempo, sería excusable el conato de rivalizar con la industria europea y proteger por medios restrictivos la formación de la propia, no al que carece radicalmente de industria propia y emprende luchas con la *grande industria*,—que es la ordinaria y actual de la Europa,—gracias al vapor, a la electricidad, a las crisis naturales, al capital acumulado, al trabajo inteligente auxiliado por las máquinas.

La grande industria es la producción en grande escala y dimensiones a bajísimo precio, mediante el trabajo de las máquinas, es decir, de los capitales, sustituidos al trabajo simple de los hombres.

"De creación reciente (dice Courcelle Seneuil), la grande industria ha nacido de los esfuerzos tentados para bajar el

precio de costo (*révient*) por la sustitución del trabajo de las máquinas, es decir, de los capitales, al trabajo de los hombres."

§ VII.—SOLIDARIDAD DEL CRÉDITO.—GENERALIDAD DE LAS CRISIS

El crédito y la riqueza, como la atmósfera, la luz y el cielo, no conocen fronteras.

Bien pueden dividirse y subdividirse los Estados que forman la América del Sud; para el ojo del mundo no son veinte sino un solo país: la "América latina", grande extensión geográfica de un gran todo económico.

Menos valor tienen aún, para los efectos del crédito, la división entre portugueses y españoles de origen y raza.

Desde luego, España y Portugal no son dos países en Europa: forman una misma península. La América del Sud es la repetición de esa península en mayor escala, pues el Brasil y las Repúblicas componen ese *todo* que se llama Sud América o América latina, desde Méjico hasta Chile.

La misma historia en Europa, la misma historia en América, los mismos defectos, las mismas faltas, la misma revolución, los mismos destinos actuales y futuros.

Sin embargo, cada Estado se cree un todo aparte, y el Brasil se cree, además, un Estado europeo, en cuanto tiene un Gobierno de *forma* europea, aunque de fondo y situación americano.

Cuando la fiebre amarilla estalla en Río, los del Plata no se alegran. Pero se volvería loco de gusto Río de Janeiro el día que viera el crédito argentino en Londres al nivel del Paraguay o de Honduras, sin sospechar siquiera que ese desastre significaría que la tormenta estaba en camino para Río de Janeiro.

Ya se divisan signos evidentes de este prospecto en el panorama del *Stock Exchange*, cuyo órgano—el "Times"—ha explicado la baja de los fondos brasileños como resultado natural de la depresión del crédito sudamericano en la opinión de Europa.

El siguiente es el estado del crédito de la América española en Londres, según el "Times" del 1.º de Agosto de 1876:

| | | | | | |
|----------------------|----|-----------|----|------|-------|
| Bolivia | el | 6 % a £ | 17 | cada | 100 £ |
| Costa Rica | " | { 6 % " " | 8 | " | " |
| | | { 7 % " " | 6 | " | " |
| Ecuador | " | " " | 6 | " | " |
| Honduras | " | 10 % " " | 2 | " | " |
| Méjico | " | 3 % " " | 8 | " | " |
| " | " | 3 % " " | 3 | " | " |

| | | | | | |
|-------------------------|----|-------------|--------|------|-------|
| Paraguay | el | 8 % a £ | 6 | cada | 100 £ |
| " | " | 8 % " " | 6 | " | " |
| Perú | " | 6 % " " | 15 | " | " |
| " | " | 5 % " " | 12 1/2 | " | " |
| Santo Domingo | " | 6 % " " | 5 | " | " |
| Uruguay | " | 6 % " " | 17 | " | " |
| Venezuela | " | 3 % " " | 6 | " | " |
| " | " | 1 1/2 % " " | 2 1/2 | " | " |
| " | " | 6 % " " | 12 | " | " |
| " | " | 6 % " " | 11 | " | " |

Ex Metrópolis:

| | | | | |
|--------------------|---------|----|---|---|
| España | 3 % " " | 14 | " | " |
| Portugal | 3 % " " | 52 | " | " |

El crédito del Brasil, es verdad, es cotizado de este modo:

| | | | | |
|------------------|---------|----|------|-------|
| Brasil | 5 % a £ | 92 | cada | 100 £ |
| " | " " | 90 | " | " |
| " | " " | 87 | " | " |

Pero lo mismo estaba cotizado el crédito argentino hasta ahora pocos meses, desde cuyo tiempo ha caído, sin que el interés deje de pagarse, a estos precios:

| | | |
|-------------------------|-----|----|
| Argentina Confederación | 6 % | 39 |
| " " | " | 36 |

También estaba a la altura del del Brasil el crédito del Perú, y de repente, sin que el huano falte, su crédito ha bajado a estos precios:

| | | |
|----------------|-----|----|
| Perú | 6 % | 15 |
| " | 5 % | 12 |

Todo está en que un día la sospecha de la Bolsa de Londres rompa el prestigio de la forma monárquica del Imperio americano y vea que no hay locura de Sud América que falte en el Brasil, de lo cual es prueba la reciente guerra del Paraguay, en que ha gastado 15 millones de francos—no todos suyos—y hecho morir más de medio millón de habitantes tras una idea que pertenece a la epopeya de Don Quijote: la de incorporar 24 millones de españoles en 3 millones de portugueses debilitados por la zona tórrida.

El Brasil se cree bastante rico para comprar con oro ese milagro y este otro más portentoso: el de impedir que el Sol

del Ecuador engendre la *fiebre*, por obras de *salubricación* artificiales.

Los portugueses y españoles eran fatuos de sus riquezas propias cuando poseían la India y la América. Pero esa fatuidad es flor de buen sentido al lado de la de sus descendientes americanos, que se infatúan con el dinero ajeno. ¿Lo considera propio el Brasil confiado en sus caudales tornados en café, azúcar, tabaco, índigo, algodón?—Los montones de *huano* del Perú valen más que eso, y, sin embargo, el poseedor de esos caudales muere de miseria. Más que el huano, era el oro y la plata de las minas de México que engendraron la pobreza de España hasta ahora mismo.

Con las riquezas naturales de España y Portugal, sus descendientes de América han heredado sus faltas y locuras, que son la causa de que vivan pobres en medio de su opulencia.

Esas faltas son la ambición quijotesca, el espíritu quijotesco de aventuras, la vanagloria, la fatuidad y el orgullo que se avergüenza del trabajo, del ahorro, de la fuerza de la vida obrera y productora; la pereza que quiere la riqueza sin trabajo; la ignorancia del trabajo.

Ese espíritu vive en la América ex portuguesa como en la América ex española; no importa la diferencia de forma de gobierno. Don Quijote no nació, ni fué republicano.

¿Qué busco yo con revelar estas cosas?—La verdad del mal para encontrar la verdad del remedio.

El mal está en la ignorancia del origen moral de la riqueza y de la causa moral de la pobreza, que es el doble vicio del ocio y del dispendio.

Este vicio moral nace del error moral sobre el destino y fin de la vida social en el mundo, o lo que es igual, sobre el hecho en qué consiste la felicidad y el bienestar del hombre en la tierra.

Estudiando este punto de filosofía moral fué que un profesor de Glasgow encontró la economía política moderna o la ciencia de las riquezas. Ese profesor se llamaba Adam Smith.

Pero esta ciencia, que parece formar la vocación de los pueblos sajones, no parece serlo de los latinos de ambos mundos.

§ VIII.—LAS CRISIS DE POBREZA

El capital, es decir, la riqueza acumulada,—que tanta falta hace a Sud América para producir y acumular riquezas,—es hijo del ahorro y nieto del trabajo, como lo demuestra Adam Smith.

Pero el ahorro es virtud más rara y difícil que la del trabajo. Es una pena, como el trabajo, y mayor todavía a

este doble título de privación voluntaria y de trabajo mismo que lo es en sí. De ahí viene que no es capaz de ahorrar sino aquel que ha sido capaz de producir o crear por el trabajo lo que es objeto del ahorro. No se ahorra sino lo que se ha adquirido por el propio trabajo; es decir, que no sabe lo que cuesta reponer lo gastado sino el que lo ha debido a su trabajo.

Así el hombre ahorra por instinto siempre que gasta lo propio.

Como esa razón falta al que gasta lo ajeno, es decir, lo que otro ha ahorrado por su pena y su trabajo, no se tiene igual sentimiento en gastar lo ajeno que lo propio.

No tiene conciencia de lo que hace el que gasta lo que no ha ganado por su trabajo.

Y como gastar es un placer, naturalmente, se da ese placer con más facilidad y frecuencia el que no ha conocido la pena en producir y adquirir lo que gasta. No puede conocerla el que gasta lo ajeno, es decir, lo prestado, lo tomado a crédito.

De aquí el peligro del *crédito*, es decir, del uso del fondo de otro para formar y aumentar su fondo propio.

Usar del fondo ajeno y abusar casi son hechos inseparables.

Y como no se puede ahorrar sin gastar, porque ahorrar es reproducir el capital, es decir, consumirlo útilmente para hacerlo renacer, no puede saber reproducirlo el que no ha sabido producirlo una vez anteriormente.

Todo el mundo sabe gastar para vivir al menos; pocos saben adquirir por el trabajo y el ahorro.

El que gasta lo ajeno, es decir, lo tomado a crédito o prestado, difícilmente lo gasta de un modo reproductivo.

El crédito, es decir, el dinero ajeno, es un instrumento que para una fortuna que hace ganar hace perder tres.

No se corrige de su incapacidad y de sus abusos sino por los dolores de la miseria que ellos acarrearán.

Lo que se dice de un hombre se aplica a todo un país, en este punto.

El Estado que gasta y vive de lo ajeno, es decir, del empréstito, es decir, del crédito emitido en toda forma de papel cambiante, no tendrá rentas ni finanzas jamás, porque gasta las rentas que no ha sabido crear; rentas que otros han creado.

Tal es Sud América.

§ IX.—LAS CRISIS ECONÓMICAS Y SU EXTENSIÓN Y TRASCENDENCIAS SOCIALES

Siempre que se produzca ese estado de cosas que se llama crisis económica, veremos reproducirse junto con él todos estos hechos: ausencia del oro y de los metales preciosos considerados como moneda, escasez de toda clase de dinero, disminución del crédito, alza del interés, paralización del trabajo, disminución de los salarios, paralización del comercio, es decir, disminución de las importaciones y exportaciones, es decir aún, disminución de las rentas de aduana, del crédito público de que son gaje y garantía, del valor de los fondos públicos, depresión de todos los valores sin excepción, la inmigración convertida en emigración.

Esto es lo que acaba de verse en la crisis económica del Plata, y no hay crisis alguna conocida en la historia en que no se haya repetido lo mismo, por esta simple y buena razón visible: que todos esos hechos son correlativos y necesariamente coexistentes como causa y efecto que son los unos de los otros.

No siempre se producen todos a la vez, es decir, no siempre las crisis son completas, pero nunca dejan de presentarse muchos de ellos a la vez.

Así lo que se llama y se mira como crisis meramente económica, es a la vez crisis comercial, crisis financiera, crisis monetaria, crisis política y, en fin, crisis social, porque no hay uno de esos hechos que no afecte y pertenezca al organismo de la sociedad entera.

Esto sirve para medir toda la extensión y trascendencia de ese mal que se llama una crisis y toda la responsabilidad de los autores directos o indirectos de ese mal, y de los que, pudiendo prevenirlo, en parte al menos, dejan de hacerlo.

Elas paralizan el trabajo, disminuyen los salarios, echan a los trabajadores al extranjero, disminuyen la población del país, crean su pobreza, reducen las entradas del tesoro público, el movimiento de las aduanas, destierran el oro y la plata, ahuyentan el crédito deprimiendo todos los valores, empobrecen a cada hombre, a cada familia y, por fin, al país entero.

Si es verdad que a menudo lo hacen de un modo inconsciente, no son menos culpables por su ignorancia en el desempeño de un mandato para hacer lo que no saben. El legislador, el gobernante, el administrador que admite su cargo y obra a ciegas en su desempeño, es como un hombre que, ignorando del todo la medicina, admite el encargo de curar

a un enfermo de una afección grave y desconocida. Su responsabilidad, en el caso probable de una catástrofe, es la del homicida más o menos voluntario.

Así todos los hechos capaces de producir una de esas crisis deben ser objeto favorito [de] estudio para los hombres políticos del país, señalados con gruesos caracteres y evitados con el mayor cuidado en las leyes, ordenanzas e instituciones dadas a la nación.

El primero de los hechos en que las crisis tienen causa y origen es la guerra.

Toda guerra, por justa y gloriosa que sea en sus motivos, es causa de empobrecimiento, por los grandes gastos improductivos que ocasiona, por la destrucción de fortunas y de hombres, que son su efecto y condición natural.

La guerra puede ser fértil en gloria, fecunda en honores, pero esa gloria y esos honores cuestan siempre al país la disminución de su fortuna pública y privada, la disminución del trabajo, la caída de los salarios, la emigración de los trabajadores y de los capitales, la paralización de todas las empresas de progreso material, la disminución de las entradas del tesoro, la desaparición de los metales preciosos, la contracción o disminución del crédito, la depresión de todos los valores, la pobreza general del país, en una palabra, o ese estado de cosas más o menos permanente que se llama crisis, el menos glorioso, como que es el descrédito, más humillante que la esclavitud.

Todos esos males son causados en nombre de la *gloria nacional*, por las guerras hechas para comprar su oropel con lo que el país tiene de más positivo y más precioso, que es su riqueza, ganada por el trabajo, en que consiste su fuerza, el nervio de su libertad e independencia, la grandeza y poder en que estriba su autoridad como Estado libre, el crédito, el honor y la gloria de ser objeto de respeto y aprecio de las naciones civilizadas en el seno de la paz, la que, al revés de la guerra, es por sí misma la fuente más fecunda de labor, de riqueza, de crédito, de población, de progreso.

Si los que invocan la *gloria*, el honor, la dignidad de la bandera, la santidad del suelo para precipitar al país en una guerra exterior o interior, es decir, en una revolución, tuvieran presente, en el momento de hacerlo, que el resultado infalible de ello será la paralización del trabajo que hace vivir al país, la emigración de los trabajadores, la despoblación, la pobreza, el descrédito, las quiebras, la miseria, la soledad, se asustarían de sí mismos al ver a la luz de su conciencia que el mayor de los enemigos del país no lo es más que el autor de esas horribles crisis en que viene a parar esa grande ilusión que se llama *gloria nacional*, y que en rea-

lidad resulta ser *descrédito*, insolvibilidad, bancarrota, ruína, deshonor y mengua nacional.

Los campeones y héroes de esas gloriosas empresas de empobrecimiento y miseria pública deberían ser flagelados con sus laureles, como gloriosos asesinos de la patria, y sofocados con el incienso de su gloria criminal.

§ X.—CÓMO LAS CRISIS NACEN DEL CRÉDITO

Sabido es que todas las crisis hacen su explosión al fin de un período de gran prosperidad.

Esto no es la realidad, pero esto es la apariencia.

La prosperidad que parece precederlas desapareció mucho antes de la aparición de la crisis.

Lo que se tomaba por prosperidad era la prodigalidad, la dilapidación de capitales así arruinados en malos negocios y en vanos goces.

Es el caso ordinario de los pródigos, que son tenidos por muy ricos porque gastan mucho, cuando en realidad ya no tienen nada, por causa de esa prodigalidad precisamente.

¿En qué momento y con qué motivo se da a conocer el estado de pobreza real que ocultaba bajo la apariencia de gran prosperidad?—Con motivo de la ausencia o desaparición de la plata y del oro.

Esta desaparición es el resultado de la pobreza, no la causa ni la pobreza misma. La ausencia del dinero no es la ausencia de la riqueza, porque él no es la riqueza.

La ausencia del dinero es advertida después que el dinero ha operado su retirada, cuando ya no está en el país.

Se ha retirado porque no tenía empleo ni ocupación lucrativa en el país; ha emigrado en busca de empleo y de interés más alto a países que están sin él, que lo necesitan y lo pagan mejor. El dinero empezó a quedar sin empleo ni ocupación a medida que desaparecían los capitales que había estado ocupado en hacer circular, es decir, en cambiar. El dinero nunca está donde no es necesario. Nunca está sin ganar. No conoce la pérdida del tiempo, porque conoce mejor que nadie su refrán *time is money*; y nadie es más amigo del dinero que el dinero. Tanto dinero hay en un mercado cuanto es el número de los cambios que le hagan el oficio de servirle de intermedio, y tantos son los cambios cuanto es el número o la masa de capitales.

A medida que los capitales perecen en malos negocios o en gastos locos, los cambios disminuyen en número, naturalmente, faltos de objeto; y con la disminución de los capitales y de los cambios disminuye el dinero, que es el instrumento por el cual se operan esos cambios.

El dinero se ausenta, no en medio de la pobreza declarada y por su causa, sino en el tiempo en que empieza a ganar menos interés; cuando se pone a bajo precio, es decir, cuando más abunda; cuando la prosperidad real que existió en años anteriores era un hecho, como lo es en Londres y París, de donde emigra porque no gana bastante interés, en busca de interés alto a países que así lo pagan porque lo necesitan.

También se ausenta, a veces, no porque han desaparecido los capitales que estaba encargado de hacer circular; no por falta de ocupación; no por causa de pobreza, sino para ser instrumento de cambio con países extranjeros, en los casos en que los productos del país dejan de servir como moneda para comprar al extranjero sus manufacturas.

Así su ausencia puede coexistir con la riqueza y la abundancia, en los casos en que se ausenta sólo por ser la única mercancía con que puede el país pagar al extranjero sus productos.

Esto puede suceder, no porque falten los productos del país, sino porque no tienen salida a causa de su bajo precio, es decir, a causa de un mal ocurrido en el mercado extranjero, que de ordinario los compra con productos manufacturados.

A veces ocurren a la vez las dos causas de su ausencia; y la ausencia que empezó por consistir en que el dinero se iba como mercancía universal que es, en lugar de los frutos del país, que no siempre son moneda corriente, es la señal casual, que hace notar la presencia de la otra causa de la ausencia del dinero, que es la ruína de los capitales, que un tiempo atrás hacía circular o cambiar unos contra otros por su intermedio.

El hecho es que la ausencia del dinero que acompaña a la explosión de las crisis no es la crisis, ni su causa, ni muchas veces su efecto, sino el movimiento natural a que está sujeta esa mercancía que debe su movilidad cosmopolita al mérito especial de ser útil en todas partes y en todo momento.

El dinero se ausenta cuando deja de ganar intereses elevados. Deja de ser caro su alquiler cuando abunda más que los cambios que se hacen por su intermedio.

Y abunda más que los cambios desde que otro instrumento de cambio se pone a su lado para hacer sus veces a menos precio. En efecto; hay otro dinero más barato que el de plata y oro, porque está hecho de una materia que cuesta poco: es el dinero fabricado con papel impreso, que cuesta poco menos que nada, razón suficiente para que abunde y para que el interés del dinero baje en consecuencia.

Si las dos clases de dinero tuviesen igual poder de ausentarse, el papel-dinero se iría del país, lo mismo que el

oro-moneda, a buscar interés más elevado en otra parte.

Pero como el papel no es dinero más que en el país que lo emite, mientras que el oro lo es en todas partes, el papel-dinero no puede seguirlo y se queda en el país junto con los frutos, que tampoco pueden salir porque están sin valor en el extranjero.

Es natural que en esos casos el oro y la plata se ausenten del país, ya sea como dinero en busca de mayor interés, ya sea como mercancía en busca de una ganancia de tal.

Si el oro y la plata no son la riqueza por su presencia, ni la pobreza por su ausencia, en su calidad de moneda, lo son en su calidad de oro y plata. Estos metales son una riqueza que sirve a los otros de instrumento intermediario para sus cambios.

Si no fuesen ellos mismos una riqueza, por el mérito de servir a las demás, las otras riquezas no se cambiarían por ellos.

Luego una moneda hecha de una cosa que no es riqueza en sí misma, no es moneda en realidad, sino imagen o signo de la moneda, porque en sí misma no es riqueza si deja de ser moneda.

Tal es la condición de la moneda de papel.

Cambiar riquezas por papel moneda no es cambiar riqueza contra riqueza. Es, al contrario, cambiar la riqueza contra la pobreza o contra nada, si el papel deja de ser moneda, es decir, convertible en el oro y plata de que es signo y símbolo.

De ahí los dos papeles que hacen las dos especies de moneda en la producción y destrucción de la riqueza de las sociedades.

La moneda-riqueza, es decir, la moneda de plata y oro sirve para formar la riqueza; la moneda-pobreza, es decir, el papel-moneda, sirve para destruir la riqueza, para fabricar las crisis, las quiebras, el empobrecimiento y ruína de las sociedades.

Una moneda hecha de ese material, que nada cuesta, no puede dejar de ser abundante y barata: basta que con ella pueda obtenerse alguna riqueza en cambio, para que se multiplique al infinito su emisión.

Lo que se cambia por poco, se presta por casi nada.

Cuando el dinero se presta a bajo precio, todos lo toman prestado con la esperanza de aumentarlo usándolo en algún negocio.

El que negocia con dinero ajeno, negocia sin temor y sin límite, porque si pierde, pierde lo que es de otro.

Tales son los efectos del papel-dinero en la sociedad que

hace sus cambios de sus productos contra otros por su intermedio.

El papel-dinero no es dinero, sino en cuanto es promesa de dinero, es decir, promesa de oro y plata.

En la fe de esa promesa descansa todo su valor, y por eso es que se llama *moneda fiduciaria* o de crédito y de fe.

Convertir en *moneda* la *promesa* es siempre cosa peligrosa, cuando se vé que a menudo más plata produce el violarla que el cumplirla.

El que da en cambio una riqueza real por la promesa de otra riqueza incierta hace una especulación que tanto puede servir para enriquecerlo como para empobrecerlo.

Todo el que vende un producto o un servicio por papel moneda hace una especulación de ese género.

Desde que la promesa de un peso ha servido y valido tanto como un peso, no por eso han existido dos pesos, sino uno solo con el poder de ser instrumento intermediario de dos o más cambios a la vez. El hombre que da un poder y su apoderado no son dos hombres civilmente. Se ha prestado la promesa de un peso como si fuere el peso mismo.

El préstamo entonces se ha multiplicado hasta convertirse en objeto de un negocio especial de comercio, que se ha llamado comercio de Banco o de monedas, o lo que es lo mismo, comercio de promesas de moneda.

Se han conocido entonces dos dineros: el dinero-promesa o papel-dinero y el dinero efectivo o moneda de oro y plata.

El hecho es que con la operación de los Bancos y su comercio de dinero-promesa, ha nacido el comercio de especulación, el espíritu de empresa, la opulencia comercial y al mismo tiempo la crisis y las ruinas, que han paralizado por momentos, pero no extinguido, la opulencia de los países industriales.

Con los progresos de la moral y de la civilización la promesa humana ha adquirido un valor real, y si a veces ha producido más dinero el violarla que el cumplirla, lo general y común ha sido que produzca más utilidad el guardarla que el violarla. No porque el robo haya enriquecido más de una vez al ladrón impunemente, le ha ocurrido jamás a todo un país hacer del robo su industria de vivir.

Pero el peor abuso del crédito no es el que nace de la mala fe, sino de la ignorancia y de la inexperiencia del arte de enriquecer. La especulación inepta, la empresa insensata es dilapidación, abuso, vicio; fraude, si especula con lo ajeno; prodigalidad, si especula con lo propio.

De ahí es que, en materia de crédito, el mejor preservativo del *abuso* es el *no uso*.